



**Agatha
Christie**

**Un dios
solitario
y otros relatos**

La muerte cuelga en forma de serpiente en una esquina. Absurda como un accidente, sinuosa e impredecible como un homicidio... Como las huellas de un reptil en la arena, la pluma de Agatha Christie dibuja las curvas del crimen, los laberintos de la lógica, la mecánica del amor e, incluso, los difusos límites del espacio sobrenatural.

En *Un dios solitario y otros relatos* se recogen las primeras narraciones creadas por la sacerdotisa del crimen; un registro completo que muestra de manera excepcional la primera etapa de la prolífica escritora. Desempolvados de viejas revistas de los años veinte y treinta, estos cuentos inéditos retratan la obra de una escritora en constante proceso de búsqueda, tanto de género como de estilo. Pero siempre sorprendente con sus desenlaces imprevistos... El monstruo de la locura deforma el bello rostro de una joven; el pasado golpea a la puerta en forma de chantaje; odio y amor chocan y dan de bruces con la soledad más absoluta.

Agatha Christie, viajera impenitente obsesionada con la arqueología, no pone límites a las atmósferas vivas, misteriosas y coloridas: exóticas esencias de Medio Oriente o frías y nebulosas campiñas británicas.

Prefacio

Agatha Christie, la «reina del crimen» *original*, es aún la mayor y más conocida autora de literatura policiaca clásica. Su novela más famosa, y posiblemente la novela policiaca más famosa jamás escrita, es *El asesinato de Rogelio Ackroyd* (1926), que escandalizó a los críticos y, por esa misma razón, le sirvió para colocarse entre los principales autores del género. Resolvió aquel caso Hércules Poirot, exmiembro de la policía belga y protagonista en el futuro de 33 novelas, incluidas *Asesinato en el Orient Express* (1930), *El misterio de la guía de ferrocarriles* (1936), *Cinco cerditos* (1942), *Después del funeral* (1953), *Las manzanas* (1969) y *Telón* (1975). Entre sus detectives, Agatha Christie sentía especial predilección por *Miss Jane Marple*, una anciana solterona que apareció en 12 novelas, incluidas *Muerte en la vicaría* (1930), *Un cadáver en la biblioteca* (1942), *Un puñado de centeno* (1953), *Misterio en el Caribe* (1964) y su continuación *Némesis* (1971), y por último *Un crimen dormido* (1976), que como *Telón* había sido escrita durante el bombardeo alemán de Londres casi cuarenta años antes. Y entre las 21 novelas en que no figuran ninguno de los detectives habituales de Agatha Christie se encuentran *Diez negritos* (1939) —en la que ni siquiera hay detective—, *La casa torcida* (1949), *Inocencia trágica* (1959) y *Noche eterna* (1967).

A lo largo de una carrera literaria de más de medio siglo, Agatha Christie escribió 66 novelas, una autobiografía,

seis libros con el seudónimo «Mary Westmacott», una crónica de su expedición a Siria, dos libros de poesía, otro de poemas y cuentos infantiles, más de una docena de obras de misterio para el teatro y la radio, y alrededor de ciento cincuenta relatos. Esta nueva recopilación reúne nueve relatos que, salvo un par de excepciones, no se habían reeditado desde su primera publicación (en algunos casos entre sesenta y setenta años atrás). Poirot aparece en dos de los relatos, «El misterio del arcón de Bagdad» y «La aventura de Navidad», que son las versiones originales de dos novelas cortas incluidas en la selección *El pudín de Navidad* (1960). «El acantilado» es un tenso relato psicológico, y «La actriz» describe un astuto engaño. El enigmático «Entre paredes blancas» y «Un dios solitario» son historias románticas y datan de los inicios de Agatha Christie como escritora. Lo sobrenatural se halla representado en «La casa de sus sueños» y «Mientras haya luz». Se incluye asimismo «El oro de Man», un relato cuya forma y concepto fueron únicos en su momento pero gozan desde entonces de gran aceptación en todo el mundo.

Del primero al último, estos nueve relatos muestran el inimitable estilo de Agatha Christie. Un auténtico festín para los conocedores.

TONY MEDAWAR
Londres,
diciembre de 1996

AGRADECIMIENTOS

Con
grati-
tud a
John
Cu-
rran,
Jared
Cade,
Karl
Pike,
autor
de
*Aga-
tha
Chris-
tie:
The
Co-
llec-
tor's
Gui-
de*, y
Geoff
Brad-
ley,
res-
pon-

sable
de la
edi-
ción
de
*Crime
and
De-
tecti-
ve
Sto-
ries.*

T
. M.

La casa de sus sueños



Ésta es la historia de John Segrave: de su vida, que fue insatisfactoria; de su amor, no correspondido; de sus sueños, y de su muerte. Y si en estos últimos encontró lo que en aquéllos le había sido negado, podría considerarse que en suma disfrutó de una vida venturosa. ¿Quién sabe?

La familia de John Segrave andaba de capa caída desde hacía un siglo. Sus antepasados habían sido ricos hacendados desde la época isabelina, pero no quedaban ya más tierras por vender. Se había juzgado oportuno que al menos uno de los hijos se instruyese en el provechoso arte de amasar fortuna. Una involuntaria ironía del destino quiso que fuese John el elegido.

Viendo su boca peculiarmente sensual y sus ojos garzos y alargados, apenas dos rendijas que le conferían un aire de elfo o fauno, de criatura montaraz salida de los bosques, resultaba incomprensible que fuese él la ofrenda, el sacrificio en el altar de las finanzas. El olor de la tierra, el sabor del salitre en los labios, el cielo raso sobre la cabeza... ésas eran las cosas que John Segrave más quería, y a las que debía decir adiós.

A los dieciocho años entró como joven empleado en una importante compañía. Siete años más tarde seguía siendo empleado, ya no tan joven pero con idéntica categoría. Su modo de ser no incluía la facultad de «prosperar en la vida». Era puntual, voluntarioso, diligente... un empleado y nada más que un empleado.

Y sin embargo podría haber sido... ¿qué? Él mismo era incapaz de responder a esa pregunta, pero tenía la firme convicción de que en alguna parte existía una vida en la

que su presencia sería digna de consideración. Poseía una fuerza, una rapidez de percepción, una cualidad indefinida que sus compañeros de fatigas no imaginaban siquiera. Les caía bien. Despertaba simpatía por su despreocupada cordialidad, y nadie reparaba en el hecho de que excluía a los demás de cualquier forma de verdadera intimidad, aunque, eso sí, con igual despreocupación.

El sueño se presentó de manera súbita. No era una fantasía infantil aumentada y desarrollada a lo largo de los años. Lo asaltó una noche a mediados de verano, o para ser más exactos ya de madrugada. John Segrave se despertó estremecido e intentó denodadamente retenerlo mientras se esfumaba, escurriéndosele entre los dedos con la evanescencia propia de los sueños.

Se aferró a él con desesperación. No debía dejarlo escapar. No debía. Debía fijar aquella casa en su memoria. Era la casa, sin duda. La casa que tan bien conocía. ¿Era una casa real o existía únicamente en sus sueños? No lo recordaba; pero desde luego la conocía, la conocía muy bien.

La luz tenue y gris del alba se filtraba en la habitación. La quietud era extraordinaria. A las cuatro y media de la mañana Londres, el cansado Londres, hallaba un breve instante de paz.

John Segrave permaneció inmóvil, arrebuado en su júbilo, en la exquisita belleza del prodigioso sueño. ¡Con qué habilidad había conseguido grabárselo en la mente! Por norma, los sueños pasaban de manera fugaz, se desvanecían mientras uno, con la gradual conciencia del despertar, trataba de atraparlos y detenerlos con sus torpes manos. Pero él había sido más rápido que aquel sueño. Lo había asido cuando se deslizaba velozmente ante él.

Era un sueño fuera de lo común. Aparecía la casa y... Un sobresalto interrumpió sus cavilaciones, pues al pararse a pensar cayó en la cuenta de que nada recordaba aparte de la casa. Y de pronto, con un asomo de decepción, des-

cubrió que en realidad no conocía aquella casa. Ni siquiera había soñado antes con ella.

Era una casa blanca, construida en lo alto de un promontorio. Se veían árboles alrededor y colinas azules a lo lejos; pero su peculiar encanto no residía en el paisaje, puesto que (y ahí estaba la clave, el clímax del sueño) era una casa preciosa, singularmente preciosa. Se le aceleró el corazón al revivir de nuevo la insólita belleza de la casa.

El exterior, por supuesto, ya que nunca había estado dentro. A ese respecto no había duda, la menor duda.

Luego, a medida que cobraban forma los lóbregos contornos de su habitación de alquiler, experimentó la desilusión del soñador. Quizá, después de todo, el sueño no había sido tan prodigioso, ¿o acaso la parte prodigiosa, la parte esclarecedora, se le había escapado, mofándose de sus vanos esfuerzos por aprehenderla? Una casa blanca, en lo alto de un promontorio... Aparentemente no había en eso motivo alguno para tanto entusiasmo. Era una casa grande, recordaba, con muchas ventanas, y todas las persianas bajadas no porque sus moradores se hubiesen marchado (de eso estaba seguro), sino porque era tan temprano que nadie se había levantado aún.

De pronto se rió del sinsentido de sus imaginaciones y recordó que esa noche tenía que cenar con el señor Wetterman.

Maisie Wetterman era la única hija de Rudolf Wetterman y estaba acostumbrada a conseguir todo cuanto quería. En una visita al despacho de su padre se había fijado en John Segrave. A petición de su padre, el joven había entrado unas cartas. Cuando salió, Maisie preguntó por él a su padre. Wetterman le habló con franqueza.

—Es hijo de *sir* Edward Segrave. Una familia de alcurnia, pero ida a menos. Este muchacho nunca llegará a nada. Yo lo aprecio, pero es un cero a la izquierda. Le falta empuje.

Quizá a Maisie el empuje la traía sin cuidado. Era una cualidad a la que su progenitor atribuía más valor que ella. Fuera como fuese, quince días después convenció a su padre de que invitase a John Segrave a cenar. Sería una cena íntima: Maisie, su padre, John Segrave y una amiga que pasaba una temporada en casa con ella.

La amiga no pudo reprimir ciertos comentarios.

—Supongo, Maisie, que tienes derecho a devolución. Después, si estás satisfecha de la adquisición, tu padre lo envolverá para regalo y se lo traerá a su querida hijita, comprado y pagado como debe ser.

—¡Allegra, eres el colmo!

Allegra Kerr se echó a reír.

—Maisie, no te privas de ningún capricho, bien lo sabes. Me gusta ese sombrero, me lo quedo. Si puede hacerse con los sombreros, ¿por qué no con los maridos?

—No digas tonterías. Apenas he hablado con él todavía.

—No. Pero ya has tomado una decisión —repuso Allegra—. ¿Qué ves en él, Maisie?

—No lo sé —dijo pausadamente Maisie Wetterman—. Es... distinto.

—¿Distinto?

—Sí. No sabría explicártelo. A su manera es apuesto, sí, pero no se trata de eso. Cuando estás ante él, parece no verte. A decir verdad, no creo que me mirase siquiera el otro día en el despacho de mi padre.

Allegra volvió a reír.

—Ése es un truco muy viejo. Un joven astuto, diría yo.

—¡Allegra, eres odiosa!

—Anímate, querida. Papá se encargará de traerle un manso corderito a su pequeña Maisie.

—No es ese mi deseo.

—El amor con mayúsculas, ¿eso es lo que esperas? —preguntó Allegra.

—¿Por qué no iba a enamorarse de mí?

—Por nada en particular. Ojalá se enamore.

Allegra sonrió y observó a su amiga de arriba abajo. Maisie Wetterman era una muchacha de corta estatura, tirando a rellena, y cabello castaño cortado a lo *garçon* y artísticamente ondulado. Los colores de moda en polvos y carmín realzaban su excelente cutis. Tenía la boca proporcionada y los dientes regulares, los ojos pequeños y chispeantes, y la barbilla quizá un poco pronunciada. Vestía con buen gusto.

—Sí —añadió Allegra una vez concluido su escrutinio—. Estoy convencida de que se enamorará. En conjunto causas un efecto francamente bueno, Maisie.

Maisie la miró con escepticismo.

—Lo digo en serio —aseguró Allegra—. Lo digo en serio, palabra de honor. Pero supón por un momento que eso no ocurre; que se enamore quiero decir. Supón que llega a sentir por ti un afecto sincero pero platónico. Entonces, ¿qué?

—Puede que no me guste cuando lo conozca mejor.

—Es posible. Sin embargo también podría ser que te gustase mucho más. Y en tal caso...

Maisie se encogió de hombros.

—Espero tener orgullo suficiente...

—El orgullo —la interrumpió Allegra— sirve para disimular los sentimientos, no para evitarlos.

—En fin, no veo razón para no admitirlo —contestó Maisie, ruborizada—: soy un buen partido. Desde su punto de vista, claro; la hija de su padre y esas cosas.

—Una futura participación en el negocio y todo eso —dijo Allegra—. Sí, Maisie; eres hija de tu padre, de eso no hay duda. Me complace oírte hablar así. Me encanta que mis amigos se comporten como es propio de ellos.

El ligero tono de burla molestó a Maisie.

—Eres detestable, Allegra.

—Pero estimulante, querida. Por eso me acoges en tu casa. Me interesa la historia, como tú sabes, y siempre me

había intrigado el motivo por el cual se toleraba y de hecho se fomentaba la figura del bufón de la corte. Ahora que yo misma lo soy, he conseguido por fin entenderlo. A algo tenía que dedicarme, y ése no es un mal papel. Ahí estaba yo, orgullosa y sin blanca, como la heroína de una novela rosa, bien nacida y mal educada. «"¿Y ahora qué haré? Sabbe Dios", dijo ella». Según observé, se tenía en gran estima a la consabida pariente pobre, siempre dispuesta a pasar sin fuego en la habitación y contenta de aceptar encargos y «ayudar a su querida prima Fulana de Tal». En realidad no la quiere nadie, excepto aquellos que no pueden permitirse criados y la tratan como a una esclava.

»Así que opté por el papel de bufón. Insolencia, franqueza, una pizca de ingenio de vez en cuando (no demasiado por temor a defraudar luego las expectativas de los demás), y detrás de todo eso una perspicaz observación de la naturaleza humana. A la gente le gusta oír lo horrible que es; por eso acude en tropel a escuchar a los predicadores. Y he tenido un gran éxito. Recibo continuas invitaciones. Puedo llevar una vida desahogada a costa de mis amigos, y me guardo bien de fingir gratitud.

—Eres única, Allegra. Hablas sin pensar.

—En eso te equivocas. Pienso mucho todo lo que digo. Mi aparente espontaneidad es siempre calculada. Tengo que andarme con cuidado. Este trabajo debe durarme mientras viva.

—¿Por qué no te casas? —preguntó Maisie—. Me consta que has tenido muchas ofertas.

Una expresión severa apareció de pronto en el rostro de Allegra.

—Nunca me casaré.

—Porque... —Maisie, mirando a su amiga, dejó la frase inacabada.

Allegra movió la cabeza en un breve gesto de asentimiento.

Se oyeron unas pisadas en la escalera. El mayordomo abrió la puerta y anunció:

—El señor Segrave.

John entró sin especial entusiasmo. No imaginaba por qué lo había invitado el viejo. Si hubiese podido librarse del compromiso, lo habría hecho. Aquella casa, con su sólida magnificencia y el suave pelo de sus alfombras, lo deprimía.

Una muchacha se acercó y le estrechó la mano. Recordaba vagamente haberla visto en el despacho de su padre.

—Mucho gusto, señor Segrave. Señor Segrave, la señorita Kerr. John salió súbitamente de su apatía. ¿Quién era esa otra joven? ¿De dónde había surgido? A juzgar por los ropajes ígneos que flotaban en torno a su cuerpo y las diminutas alas de Mercurio que coronaban su pequeña cabeza griega, se habría dicho que era un ser transitorio y fugaz, destacándose sobre el apagado fondo con un efecto de irrealidad. Al cabo de un momento entró Rudolf Wetterman, acompañado por los crujidos de su amplia y reluciente pechera. Sin mayores formalidades comenzaron a cenar.

Allegra Kerr conversó con su anfitrión. John Segrave tuvo que dedicar su atención a Maisie, pese a que no podía apartar de su pensamiento a la otra muchacha. Poseía un gran encanto, aunque era un encanto, pensó, más afectado que natural. Sin embargo detrás de eso se percibía algo más, un fulgor trémulo, irregular, fluctuante, como los fuegos fatuos que antaño atraían a los hombres desde los pantanos.

Tuvo por fin ocasión de hablar con ella. Maisie transmitía a su padre un mensaje de algún amigo que había visto aquel día. Pero llegado el momento se sintió cohibido y la miró en silencio con expresión suplicante.

—Temas de sobremesa —dijo ella para romper el hielo—. Podemos comenzar por los teatros o con una de esas innumerables preguntas de apertura: «¿Le gusta a usted...?».